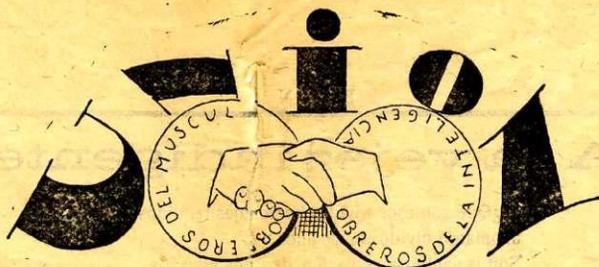


SUSCRIPCIÓN

Fuera, trimestre 1'50 ptas.

Número suelto 10 cts.



Redacción y Administración:

Casa del Pueblo

Jumilla

Semanao interlocal Socialista, de las Organizaciones de las Casas del Pueblo de Yecla y Jumilla

Destruyamos el capitalismo si queremos la paz

La historia de la Humanidad es la historia de continuos movimientos guerreros. Sólo por medio de la fuerza se resolvían las cuestiones naciones con naciones. Unas se imponían a otras por la razón de la brutalidad. El dominio y la ambición formidable de reyes y emperadores mantenía vivo el instinto salvaje en los hombres. Los momentos de tranquilidad, de paz que disfrutamos ahora, no eran sino intervalos para rehacerse de los daños causados y poder empezar con nuevos bríos las batallas. Lo mismo que sucede en estos tiempos que se llaman civilizados, con la diferencia de que hoy las guerras son menos frecuentes. Y no creamos que por haber desaparecido el sentimiento bélico, animado constantemente por las clases capitalistas, sino porque las guerras modernas se han hecho costosísimas. La ciencia, puesta al servicio de la destrucción,—¡qué vergüenza!—precisa de tiempo y dinero para producir sus enormes adelantos.

¡Qué aborrecibles se hacen los inventores de aparatos destructivos y criminales!

Pero, al hablar de la guerra no se debe hacer de una manera somera. Es preciso descubrir claramente a los verdaderos culpables. La guerra no tiene razón de existir. ¿Cómo los pueblos, lejos de oponerse a ella, la animan a veces con exaltados patriotismos como ocurrió en la terrible de 1914? ¿Qué beneficios reportan estos conflictos a las clases trabajadoras del mundo?

Son diversas las causas que influyen en la formación del espíritu bélico en los hom-

bres. En primer lugar, y esto conviene destacarlo mucho, la guerra supone un negocio. Ciertas clases de gentes se enriquecen con ella. Conocido es el brutal afán de enriquecerse que tiene el capitalismo.

Para esto, necesita apoderarse de nuevos terrenos que pueda explotar y de países en donde sus productos sean adquiridos a precios elevados. Y él, que gobierna y dispone a su antojo de todos los recursos de una nación, por todos los medios, sobradamente infames hará espíritu guerrero en los pueblos por conveniencia.

La Iglesia, por ejemplo, es un medio al servicio del capitalismo. A ella, le dice: «Tú no tienes que trabajar. Yo te aseguro la vida y te doy una elevada distinción oficial».

Pero en cambio, educará al pueblo cuanto menos mejor. Y siempre, dentro de la resignación y de la cordura pintando a los hombres e ideas libres con nuestros propios borrones».

Y la Iglesia, abarrotada de parásitos de la Humanidad que dicen vivir al margen de los pecados de ésta, obedece con la misma horrible conciencia que en tiempos pasados le permitió llenar, con sangre de inocentes, todas las páginas de su historia mal dicha.

El militarismo es otro medio al servicio del capitalismo. Hace cuanto éste le ordena. En compensación, vive con relativa comodidad. Para él cuanto más guerras haya mejor, mucho mejor. En ellas, los militares profesionales obtienen,—¡salvaje labor!—matando hombres, grados más altos. ¡Qué heroicidad! Des-

pués los gobiernos los glorifican y los pueblos — ¡levantaos esclavos!—los veneran.

He aquí marcados, según mi juicio, los principales culpables. ¡Cruel remordimiento el de aquellos que comen a costa de la vida de infelices hermanos! El pueblo se arruina con las guerras. Va, pues, a ellas a defender intereses capitalistas. Jamás los intereses de su patria que, si la tiene, es la humanidad entera.

¿Cómo evitar estos cruces desastres que aumentan la miseria, el dolor, el odio en millones de hogares proletarios?

Solamente existe un remedio eficaz: destruir el capitalismo. Todos los ofrecimientos de paz que se vienen haciendo por los gobiernos burgueses del mundo, desde 1914 son una verdadera farsa. Al terminar el gran conflicto europeo era tal el estado doloroso de las clases populares que los gobiernos, para contener el ímpetu de éstas que amenazaba acabar violentamente, al igual que en Rusia, con toda una era de oprobioso régimen en el resto de Europa, viéronse en la necesidad de prometer miserablemente la paz y la abundancia de trabajo. Al efecto surgió la creación del organismo que podríamos llamar de las pompas de jabón: la sociedad de las Naciones. Y mientras en ésta se pretende dar la sensación de que caminamos hacia la paz, todas las naciones que a ella pertenecen se siguen armando abundantemente.

La clase trabajadora no puede, ni debe, esperar la paz de un organismo eminentemente burgués. Reciente está el fracaso de la conferencia de Londres. La buena voluntad de Mac Donald se ha estrellado una vez más. Ninguna de las potencias que en ella intervinieron hubiera permitido llegar a un acuerdo de desarme eficaz. Mussolini, que representa al más foragido capitalismo, y Francia con un gobierno conservador, han si-

do la nota discordante. Las otras potencias, salvando los esfuerzos de reconocidas figuras, han quedado satisfechas. Después, habrán dicho cuanto hayan querido.

Sólo hay en el mundo una fuerza capaz de acabar con las guerras: el Socialismo. Pero para ello necesita hacerse poderoso internacionalmente no sólo en número sino en conciencia. Hay que prevenirse y educar. El falso concepto burgués de la patria tiene que ser desterrado por nosotros. «¡Los trabajadores no tienen patria! ¿Qué es el suelo nacional? Pertenece a los capitalistas. ¡Que ellos lo defiendan!

Quitemos su aureola a la idea patria. La palabra patria no tiene significación sino en tanto que expresa realidades. Ahora bien: las realidades de los proletarios de todos los países son la ignorancia, la farsa, la dolorosa sin un solo día de dicha verdadera!

Y si la miseria no tiene patria los miserables no deben tenerla tampoco. Lo que los ricos aman, bajo el pretexto de patria es aquello que les da una dorada existencia; la riqueza social de que son propietarios».

Así hablaba en vísperas de 1914, Chapelier, un gran socialista belga. Si todos los pueblos hubieran tenido digeridas estas evidentes consideraciones la «gran guerra» que costó en números redondos quince millones de muertos, diez y siete de heridos, seis de inválidos y un billón de pesetas no hubiera estallado.

Duro ha sido el ejemplo. Nosotros, jóvenes socialistas y jóvenes todos, no debemos olvidarlo. La mayor labor pacifista nos corresponde.

La humanidad se precipita rápidamente hacia una guerra tal vez más horrible que la anterior. ¡Hay que evitarla! No tendríamos perdón si al coger las armas otra vez fuese contra nuestros hermanos de explotación y no contra el enemigo común: la burguesía y el capitalismo.

OVIDIO SALCEDO.